

se agitaba una cuestion en el Sur entre los generales D. Diego Alvarez y D. Vicente Jimenez.

Esta cuestion, puramente local, motivada por el desconocimiento que hizo el segundo á la autoridad del primero, se creyó en su principio de fácil avenimiento; así es que por parte del Gobierno no se empleaban mas recursos que los que sugeria una política conciliadora; pero habiéndose notado que los ánimos se exacerbaban, que las odiosidades se recrudecian y que las cosas presentaban un carácter alarmante, se dispuso que la primera brigada de la primera division, que se hallaba en esta capital, marchase á las órdenes de su gefe el general D. Francisco O. Arce, á hacer efectivas las órdenes del Gobierno. Por fortuna no fué necesario hacer uso de las armas, pues en una conferencia que tuvo el general D. Vicente Jimenez con el C. general D. Francisco O. Arce, convino aquel en disolver su fuerza y en separarse del Estado de Guerrero, pasando á esta capital, para que su presencia no fuese allí causa de nuevos disturbios.

En efecto, así lo verificó, y el Estado volvió á gozar de tranquilidad, haciéndose las elecciones y entrando al pleno goce del orden constitucional.

Apenas concluian en el Estado de Guerrero las dificultades de que se ha hablado ántes, cuando se dió un nuevo escándalo casi en las inmediaciones de esta capital.

El general D. Aureliano Rivera, antiguo guerrillero y hombre de influencia en la sierra de Ajusco y otros puntos de no ménos importancia, en una conferencia que tuvo en un pueblo inmediato á Cuautitlan con algunos individuos pertenecientes á las fuerzas de seguridad que custodiaban los caminos del interior, de Toluca y de Cuernavaca, y que en otros tiempos habian servido á sus ór-

denes, arregló el levantamiento de una parte de aquellas fuerzas, proclamando el desconocimiento del Gobierno. A este fin expidió un manifiesto en el que acumuló firmas de personas caracterizadas en el ejército, que pocos dias despues en su mayor parte fueron desmentidas.

Rivera apareció en campaña, teniendo bajo sus órdenes á los antiguos guerrilleros Abraham Plata, Rosalío Flores, Miguel Romero y algunos otros que acaudillaban una fuerza de cosa de trescientos hombres.

Poca importancia política podia tener un movimiento acaudillado por semejantes personas; pero como el deber principal del Gobierno es velar por los intereses de los pueblos, resolvió que se hiciera á dichos revoltosos una persecucion tenaz, hasta su completa destruccion. Hizo salir de esta capital una seccion de infantería y caballería, al mando del teniente coronel Vicente Mariscal; puso en accion una parte de las fuerzas que custodiaban el camino de Puebla, y las del resguardo del de Cuernavaca y Toluca, haciendo venir una parte de las que se hallaban en el Sur al mando del general Eguiluz.

En muy pocos dias quedaron destruidos los revoltosos, cuyos restos fueron derrotados en San Miguel de los Ranchos, por fuerzas del Estado de México que obraban en combinacion con las que los perseguian.

Miéntas esto tenia lugar en las inmediaciones de la capital, en la sierra de Querétaro, distrito de Jalpam, se levantaban algunos restos de las gavillas imperiales al mando de Tirso Reyes y otros, que ántes merodeaban en el Estado de Guanajuato.

La posicion de la sierra de Querétaro, inaccesible por la fragosidad de su terreno, daba en realidad á este movimiento mas importancia que la que en sí pudiera tener;

así es que, tratando de evitar que se convirtiese en un abrigo inexpugnable de los revolucionarios, se dispuso que el C. general Mariano Escobedo, en jefe de la tercera division, con las fuerzas de su mando y las que proporcionara el Estado de Querétaro, procediera á abrir la campaña contra los sublevados de la sierra. Se dispuso ademas, que el C. general Joaquin Martinez, con las fuerzas de Zimapan y Jacala, pertenecientes al Estado de México, se pusiera á las órdenes del jefe de las operaciones para cooperar á ellas.

En los primeros dias del siguiente mes, el citado general dió principio á sus operaciones decisivas con tan buen éxito, que el 11 del mismo quedaron derrotados completamente los revoltosos, dejando en poder de las fuerzas del Gobierno todos los elementos de que disponian, pudiendo únicamente salvarse los cabecillas.

No terminaban aún los sucesos de la sierra de Querétaro, cuando apareció una nueva cuestion en el Estado de Puebla, á causa del resultado de las elecciones de gobernador.

Con fecha 5 de Junio del mismo año, el jefe político del distrito de Zacapoaxtla, y el ayuntamiento y vecindario, levantaron una acta desconociendo al gobernador del Estado, D. Rafael J. García; reconociendo como tal gobernador al C. Juan N. Mendez, que era el candidato vencido en las elecciones, y nombrando jefe militar de la línea del Norte del Estado, al C. general Juan Francisco Lucas, quien hizo cundir la revolucion en todos los distritos de dicha línea. Los sublevados protestaban á la vez obediencia al Gobierno de la República.

Sin embargo del carácter puramente local que tenia este movimiento, el Gobierno, consecuente con su progra-

ma de hacer respetar la autoridad en toda la República y de no tolerar bajo ningun pretexto el trastorno del orden público, no lo vió con indiferencia, y ántes bien, lo consideró de grande importancia, pues sabia, á no dudarlo, que el ex-general D. Miguel Negrete era el principal instigador de esta nueva asonada, cuyos resultados trataba de convertir en provecho propio.

La posicion de los distritos sublevados casi en el centro de la sierra, y el mal tiempo que avanzaba rápidamente, preocupaban la atencion del Gobierno. Por esta razon, tan pronto como el del Estado solicitó el auxilio correspondiente, se dió orden al C. general Ignacio R. Alatorre, encargado del mando de la segunda division, por licencia que obtuvo el general Diaz, para que con la fuerza de su mando y las que el Gobernador del mismo Estado pusiera á sus órdenes, procediera á reducir al orden á los revolucionarios.

Pocos dias despues, el citado general ocupó los pueblos de Teziutlan, Tlatlauqui y la villa de Zacapoaxtla, donde tuvo una conferencia con el jefe de los sublevados D. Juan Francisco Lucas, en la que ofreció éste hacer presente á sus subordinados su resolucion de separarse de las cuestiones que se agitaban en la sierra, deponiendo y entregando las armas al Gobierno general. Ocho dias le fueron concedidos para realizar ese ofrecimiento.

En este intermedio se libró orden por el jefe encargado de las operaciones al de los sublevados, para que procediera á la aprehension del ex-general D. Miguel Negrete, que se encontraba entre ellos; pero dicho jefe manifestó que este revolucionario se habia separado de la plaza de Tetela, tomando el rumbo de Tulancingo.

Antes de cumplirse el plazo concedido á D. Juan Francisco Lúcas para que depusiera y entregara las armas de las fuerzas que lo obedecian, se retractó de lo que habia ofrecido, manifestando que los pueblos sublevados no se prestaban á entregar su armamento, y que en virtud del compromiso que lo ligaba á ellos, tenia que seguir á su cabeza.

Las hostilidades quedaban rotas despues de haberse agotado los medios de conciliacion posibles.

En el acto se dispuso que se emprendieran las operaciones con la actividad que el caso demandaba.

Preciso es hacer justicia al gefe del primer batallon de la guardia nacional de Zacapoaxtla, C. Juan Francisco Molina, que declaró que depondria sus armas ántes que medirlas con las del Gobierno, y puso en posesion del fuerte que ocupaba en las cumbres de Apulco al gefe de la vanguardia de las fuerzas expedicionarias.

Para mayor seguridad en el éxito de las operaciones, ademas de las fuerzas de la segunda division y de las del Estado de Puebla, se pusieron á las órdenes del general en gefe, las que mandaba el C. general Juan N. Cortina, unidas á cien hombres del cuerpo de Carabineros, guardia de los Supremos Poderes y al batallon Tiradores de México. A la vez se hizo venir al C. general Joaquin Martinez, que se encontraba en Huichapam con las fuerzas de su mando, despues de haber contribuido á la pacificacion de la sierra de Querétaro, y se le puso tambien á disposicion del gefe encargado de la campaña.

En tanto que el general Alatorre operaba por Zacapoaxtla, los generales Cortina, Martinez y Eguiluz, que se les incorporó despues con el batallon Libres de México y media batería de montaña, lo hacian por Zacatlan y

Tetela, conforme al plan de operaciones combinado por el general en gefe.

Despues de algunos combates de no poca importancia en ambas líneas, y en los momentos en que se disponia un ataque general sobre las plazas de Xochiapulco y Tetela, se rindió á discrecion D. Juan Francisco Lúcas, ofreciendo entregar sus armas en su cuartel general, lo que verificó tres dias despues.

A la vez que Xochiapulco se rendia, Tetela era ocupado por el general Cortina.

Así concluyó esta campaña, bien penosa por cierto, puesto que se hizo en la rigurosa estacion de las aguas y acampando la tropa al aire libre. Digna es de elogio la resignacion con que dichas fuerzas afrontaron los sufrimientos consiguientes á una campaña de esa clase.

Ocupada la atencion de las fuerzas de la segunda division, como se ha visto, el antiguo guerrillero del Estado de Veracruz D. Honorato Dominguez se sublevó en Huatusco, poblacion perteneciente al mismo Estado, desconociendo al Gobernador Lic. D. Francisco Hernandez y Hernandez.

Sin embargo de que la atencion del Gobierno se hallaba fija en la sierra de Puebla, dispuso que la fuerza que mandaba el general Rodriguez Bocado marchara inmediatamente en persecucion de los sublevados, cosa que se efectuó con buen éxito, pues á los pocos dias el cabecilla indicado se ponía á disposicion del Gobierno con todos los que lo acompañaban.

El sometimiento de este gefe y los servicios que anteriormente habia prestado á la República, hicieron que el Gobierno general lo indultara de la pena á que se habia hecho acreedor, conmutándosela en la de confinamiento

en el lugar que se le designara fuera del Estado de Veracruz.

Pocos dias despues, el coronel D. José María Prieto secundó en Medellin el pronunciamiento de Dominguez; pero cayeron sobre él las fuerzas de la Federacion, derrotándolo completamente en el mismo punto.

Por aquellos dias apareció una nueva cuestion local en el Estado de Tamaulipas. Acababan de tener lugar las elecciones de gobernador, y habiendo sido declarado con este carácter el Lic. D. Juan José de la Garza, la minoría vencida no se conformó con su derrota, y proclamó desde luego la revolucion, desconociendo al gobernador constitucional. Este movimiento fué secundado por algunos enemigos del Gobierno, que cambiaron desde luego la faz política de la cuestion en provecho de sus aspiraciones, desconociendo, ademas de las autoridades locales, á las legítimas de la República.

El Gobierno, con la actividad necesaria, dispuso que el general en jefe de la tercera division con las fuerzas de su mando procediera á abrir esta nueva campaña que con tan mal aspecto se presentaba. En efecto, así lo hizo dicho jefe, situando sus fuerzas de infantería en los puntos donde lo creyó necesario, y haciendo con las de caballería una persecucion tenaz al enemigo, que por la buena caballada de que disponia podia esquivar fácilmente cualquier encuentro con nuestras tropas.

Esta circunstancia hacia interminable la campaña, pues si bien nada avanzaban los sublevados en sus aspiraciones, no podian ser destruidos como se deseaba. La persecucion se prolongó hasta hace pocos dias, en que fatigados los revolucionarios de tanta y tanta correría, y convencidos de su impotencia y de la inutilidad de sus es-

fuerzos, depusieron las armas, volviendo á la obediencia del Gobierno general y reconociendo á las autoridades del Estado.

El dia 3 de Febrero del presente año tuvo lugar una nueva asonada en la capital del Estado de Puebla.

El ex-general D. Miguel Negrete, el eterno trastornador del órden, el constante instigador de la revolucion en nuestro país, habia logrado seducir un cuerpo de caballería de la segunda division, formado en su totalidad de tropas irregulares, y esto precisamente cuando atravesaba por la ciudad de Puebla una conducta de caudales, con direccion al puerto de Veracruz, para su embarque.

Las relaciones que Negrete conserva de años atras en la ciudad indicada, le hicieron sublevar tambien con facilidad al primero y segundo batallon de la Guardia Nacional del mismo Estado, que se encontraba en esa capital.

Dueño absoluto de dicho punto el jefe de la asonada, excarceló la prision aumentando sus filas con todos los bandidos que en ella se hallaban, y se proporcionó recursos poniendo en todo su vigor el sistema de plagio, pues los propietarios y los comerciantes eran arrebatados del seno de sus familias, y puestos en formal prision, en tanto que no ministraban la cantidad que se les exigia.

La circunstancia de encontrarse en Puebla un depósito de armas perteneciente al Gobierno del Estado, dió ocasion á los revolucionarios para armar un considerable número de gente, y habiendo extraido los caballos de los particulares, pudieron á la vez montar perfectamente sus cuerpos de caballería.

La primera idea del caudillo de la revolucion fué lan-